

*Discurso de Dorímaco para animar a los etolios hacia la guerra. - Declaración de ésta. - Primera campaña.*

Por entonces (año -221) era pretor de los etolios Aristón, quien por ciertos achaques corporales que le inhabilitaban para el servicio de la guerra, y por el parentesco que le unía a Dorímaco y Escopas, cedió en cierto modo todo el mando en el primero. Dorímaco no osaba persuadir en público a los etolios para la guerra contra los mesenios. No tenía pretexto alguno que mereciese la pena; por el contrario, sabían todos que la infidelidad y el desprecio recibidos de Esciro le estimulaban a este rompimiento. Y así, desechado este medio, inducía en secreto a Escopas a que le acompañase a la empresa contra los mesenios. Para esto le manifestaba que no había que temer de parte de los macedonios por la temprana edad de su rey Filipo, que a la sazón no pasaba de diecisiete años. Agregaba la enajenación de ánimos que había entre lacedemonios y mesenios. Le traía a la memoria la benevolencia y alianza de los eleos con los etolios, de donde deducía que podrían hacer una irrupción sin peligro en Mesenia. Pero lo más capaz de hacer impresión sobre un etolio era que le ponía a la vista el rico botín que sacarían de Mesenia, país desapercibido, y el único en el Peloponeso que no había experimentado en tiempo de Cleómenes los rigores de la guerra. Sobre todo le ponderaba el afecto que se granjearían de todo el pueblo etolio; que si los aqueos les impedían el paso, no tendrían de qué quejarse si se lo abrían por fuerza; y si se estaban quietos, no pondrían obstáculo a sus designios; finalmente, que no faltaría pretexto contra los mesenios, quienes ya anteriormente habían hecho la injusticia de prometer el favor de sus armas a los aqueos y macedonios.

Dichas estas y otras parecidas razones al mismo intento, infundió tal ardor en Escopas y en sus amigos, que sin esperar la asamblea general del pueblo, sin consultar con los senadores, y sin ejecutar cosa de las que requería el caso, aconsejados sólo de su pasión y capricho, declararon la guerra a un tiempo a los mesenios, epirotas, aqueos, acarnanios y macedonios. Sin dilación destacaron por mar a los piratas, quienes, encontrando junto a Citera un navío del rey de Macedonia, lo condujeron a Etolia con toda la tripulación, y vendieron los pilotos, la marinería y la nave misma. Talaron la costa del Epiro, sirviéndose para tanta maldad de los navíos de los cefalenios; intentaron apoderarse de Zirión, ciudad de la Acarnania; enviaron espías encubiertos por el Peloponeso, y tomaron en el centro del país de los megalopolitanos el castillo de Clarión, de que se sirvieron para vender los despojos y guardar lo que robaban. Aunque en pocos días fue forzada esta fortaleza por Timóxeno, pretor de los aqueos, acompañado de Taurión, a quien Antígono había dejado en el Peloponeso para velar sobre los intereses de los reyes de Macedonia. Pues a pesar de que el rey Antígono, con permiso de los aqueos, se había apoderado de Corinto en tiempo de Cleómenes, no obstante, habiendo tomado por fuerza a Orcómeno, lejos de restituirla a los aqueos, la había retenido para sí; con el propósito, a mi modo de entender, de ser dueño

no sólo de la entrada del Peloponeso, sino de tener a cubierto el país mediterráneo, por medio de la guarnición y pertrechos que tenía en esta plaza.

Dorímaco y Escopas, habiendo observado la ocasión en que faltase poco tiempo a Timóxeno para concluir la pretura, y en que Arato, elegido sucesor para el año siguiente por los aqueos, no hubiese entrado aún en el cargo, congregaron en Rion todo el pueblo etolio; y después de haber preparado pontones, y equipado los navíos de los cefalenios, trasladaron estas tropas al Peloponeso y avanzaron hacia Mesenia. Durante la marcha por el país de los patrenses, fareos y tritaíos, aparentaron no querer hacer agravio a los aqueos; pero no pudiendo abstenerse el soldado de la codicia del despojo, atravesaron talando y destruyendo todo hasta llegar a Figalea. Hecha esta irrupción, se arrojaron de improviso y con insolencia sobre los campos de los mesenios, sin tener la menor consideración a la amistad y alianza que de tiempos antiguos mediaba con este pueblo, ni al derecho común establecido entre las gentes. Sobre todos estos respetos prevaleció la codicia; talaron impunemente el país, sin atreverse los mesenios a salirles al paso.